

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

EL TRABAJO

BAJO EL PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO Y RELIGIOSO.

IV Y ÚLTIMO.

El trabajo considerado bajo el punto de vista religioso tiene un doble carácter, el de deber y el de expiación: deber santo que se extiende á todos los individuos de la humana especie; expiación noble que purifica al alma y la hace digna del cielo. Desde el momento en que se pierde de vista este doble carácter, queda falseada la noción del trabajo y en su consecuencia todas las teorías que sobre esta base se levanten.

Todo trabajo supone una resistencia mas ó menos poderosa, mas ó menos difícil de ser vencida, y por lo mismo previamente requiere de nuestra parte un esfuerzo que siempre será en mayor ó menor grado penoso y repugnante. De aquí es que el hombre nunca se propone el trabajo como último fin de sus operaciones; y así sus fuerzas físicas como sus facultades mentales dejan de funcionar regularmente, luego que les falta un estímulo que las avive é incite á un ejercicio constante y sostenido, lo cual es siempre difícil y penoso. La naturaleza, pródiga siempre y en todas partes con sus hijos, recompensa superabundantemente las fatigas del trabajo; y á ello se debe sin duda el que la actividad humana haya multiplicado sus fuerzas en la asombrosa proporción que hoy contemplamos, y cuyos límites solo Dios sabe hasta donde se estien-

den. Pero ¿creeis que esto basta? creeis que la natural recompensa del trabajo sea suficiente contrapeso para mantener el equilibrio social, por tantas y tan diversas causas combatido? La naturaleza es sin duda alguna un aguijón que espolea poderosamente la actividad humana, que la pone en movimiento y la obliga á desenvolver sus fuerzas; pero estas fuerzas han menester un regulador permanente, pues de lo contrario resultan funestas colisiones que acaban por aniquilarlas. Este regulador es la moral.

Luego que la acción de esta por efecto de las circunstancias se debilita, las fuerzas sociales diseminadas quedan bajo la única dirección del egoísmo, que las hace converger todas hácia un solo punto, es decir, hácia los intereses materiales. Entonces sucede que el trabajo no es ya un deber noble y levantado cuyo cumplimiento deje la conciencia tranquila, es simplemente un instrumento, un medio, como otro cualquiera, de acumular riquezas y proporcionar deleites á los sentidos. Puede que alguno moteje esta doctrina de misticismo: sea así en buen hora; sépase sin embargo, que hay misticismo que á pesar de serlo encierra profunda filosofía social, digna de llamar la atención de todos los que se precian de pensadores. Ignoramos si este es ó no misticismo, sabemos empero, porque es una verdad práctica y experimental, que el trabajo debe tener un fin, pues de lo contrario ni siquiera se le concibe; de aquí es que luego que

la moral deja de santificar el trabajo, se despoja este del modesto carácter de *deber* y usurpa todos los títulos y atribuciones del *derecho*. Y se explica fácilmente que así suceda, porque ¿qué es el trabajo no asociándolo á la idea de deber? cuál puede ser entonces su objeto? cuál el resorte que le dé alma y movimiento? un sórdido interés, una pasión mezquina, nada más. Trabajaré siempre y cuando la necesidad ó la sed de placeres me estimulen, siempre y cuando ágen mi espíritu sueños de ambición y de gloria. Y cuando suceda que sea este el único móvil de mi actividad, no busqueis en mi alma grandeza ni elevación de miras, no busqueis abnegación, si no es la abnegación del egoísmo: todo es entonces para mí, exclusivamente para mí, nada para mis semejantes. Porque sabido es que el *deber* es planta exótica en la región del egoísmo, en cuyo suelo solo arraiga y fructifica la idea de *derecho*.

Y cuenta que para la inmensa mayoría de la humanidad, si el trabajo no es ennoblecido por un sentimiento moral, baja al nivel más ínfimo posible; porque el pueblo por sus hábitos y natural posición es inaccesible á cierto linaje de pasiones, como el deseo de gloria, la sed de mando y otras muchas que se engendran en regiones más elevadas; y no siendo, naturalmente debe propender á los deleites sensuales, los que se propondrá como único fin y legítima recompensa del trabajo.

¡Desgraciado pueblo en cuyo corazón el soplo de la impiedad ha extinguido el sentimiento religioso! ese pueblo es incapaz de salir nunca de la esfera de las cosas materiales; encerrado en ella respira un aire mefítico que mata el alma, y ahoga y estirpa todo germen de virtud. Solo la religión puede elevar al hijo del pueblo sobre los sentidos. Todos necesitamos sus consuelos, sus divinas é inefables dulzuras; pero el hijo del pueblo las necesita doblemente, porque nada hay sino ella que le hable al corazón, nada que despierte su alma, nada que haga latir su pecho. Inmensa es la desventura del filósofo, del literato, del estadista, en cuyo corazón no hallan eco las armonías religiosas; pero al fin su al-

ma vive la vida intelectual ó la estética, y en la región de lo verdadero, de lo bello y lo sublime, en la ciencia ó en el arte, encuentra compensaciones admirables, que si no engrandecen el alma cual pudieran, al menos la levantan de vez en cuando sobre los torpes sentidos; si no hacen vibrar todas las cuerdas del espíritu, impiden por lo menos que se quede profundamente aletargado en la tupida envoltura de ese cuerpo que arrastramos. Mas para el pueblo trabajador no hay compensaciones de ningún género; luego que su pecho se cierra á las influencias religiosas, el alma queda como anonadada bajo el enorme peso de la carne, y su corazón queda incapaz de experimentar otras palpitations que las groseras y degradantes palpitations del deleite sensual. El mundo de sus ideas, como el mundo de sus relaciones, es sobradamente estrecho y limitado. De la humilde vivienda al taller, del taller á la vivienda, y de aquí á ciertos esparcimientos y solaces que no hablan sino á los sentidos: ved ahí toda la extensión del horizonte en que vive y respira el pobre pueblo trabajador. Ah! cuántas veces lo hemos meditado, y al meditarlo nuestro corazón ha sentido honda pena! ¡Pobre pueblo, cuya alma no se nutre con el sabroso alimento de la fe religiosa! Encorvado todo el día bajo el enorme peso de un trabajo que no tiene más fin que las necesidades y los goces materiales, ¿cómo ha de elevarse su inteligencia más alto que los sentidos? Si en su mente no hay más ideas que las de *goce* y *trabajo*, si no conoce otra máxima que la de trabajar para gozar, si los placeres intelectuales son para él un enigma, las dulces afecciones del hogar un lenguaje mudo, y las emociones del sentimiento religioso son extrañas á su corazón, ¿cómo quereis que al terminar de su ruda tarea no se abalance con febril exaltación á los deleites sensuales, que son los únicos que conoce, los únicos en que le es dable encontrar una ligera compensación á las duras fatigas del trabajo?

Y no creais que el mal pueda remediarse con una constitución escrita en un trozo de papel, ó con elucubraciones políticas. La política! ¿Ignorais por ventura que las teorías de

este género han cedido ya su lugar á los discursos demagógicos? que la cuestion que hoy se ventila entre los hijos del pueblo, no es ya cuestion política, sino pura y simplemente social? Por lo demás, unos derechos mas ó menos ámplios, una libertad mas ó menos restringida, unas instituciones, en una palabra, mas ó menos democráticas, ¿creeis que pueden llevar al corazón del pueblo los consuelos que necesita? creeis que la *ilustracion* que por este medio se le proporcione, introduzca un cambio muy notable en la region de sus ideas? ó que el entusiasmo por los negocios públicos amengüe su afán por el goce y el placer? Nadie ama la política por lo que es ella en sí misma; y muy dado debiera ser á las especulaciones metafísicas ó á los amores platónicos aquel cuya voluntad no se rindiese sino á las ingeniosas combinaciones de una bella teoría gubernamental. Esta solo logra aceptacion cuando se traduce en hechos reales y positivos, ó bien cuando es considerada como un medio muy adecuado á la consecucion de un fin. Por esto es que una política determinada es recibida con frialdad ó rechazada con desden por aquellos que no la conceptúan en armonía con sus ideas. ¿Cómo pretendéis pues levantar el espíritu del pueblo con la política, si esta en tanto puede ser aceptada, en cuanto halague los deseos de gozar que aquel abraza en su corazón?

Lo que decimos del trabajo de la clase proletaria, puede afirmarse igualmente de cualquier trabajo en todas las posiciones y gerarquías sociales, porque el hombre tiene necesidad de salir harto á menudo de los confines de la vida material; tiene necesidad de espaciarse de vez en cuando por un mundo que satisfaga las naturales y constantes aspiraciones de su espíritu; tiene necesidad, en una palabra, de algun sentimiento noble que embellezca, que idealice su vida, pues de lo contrario tiende al goce sensual con peso irresistible. Los placeres que encuentra el alma en la contemplacion del arte y en las investigaciones de la ciencia, aunque no siempre están exentas de las debilidades y pequeñeces de la vanidad, tienen, no obstante, un ascendiente muy po-

deroso sobre los sentidos, bastando en algunas ocasiones para impedir que sucumbamos á las seductoras sugestiones con que estos nos brindan y nos halagan. Pero estos placeres, á mas de que no suplen ni podrán nunca suplir los sentimientos religiosos, son patrimonio de un número de individuos relativamente insignificante, y lo serán siempre, á menos de que no se consiga vaciar en una misma turquesa todos los cérebros humanos. Y siendo esto así, claro es que la inmensa mayoría de los individuos, mientras viva alejada del foco de las ideas religiosas, será esclava de las pasiones; y el trabajo de la humanidad, aunque fomentado por estas prospere, creará al fin las pavorosas cuestiones sociales que turban hoy dia la paz de los pueblos, manteniéndoles suspendidos de un hilo sobre el abismo sin fondo de la revolucion.

Mucho se ha declamado contra la enseñanza religiosa, muchos chistes de mal género han brotado de alevés plumas con el objeto de ridiculizar las sublimes máximas y eternos principios de nuestra fe, que reducidos á las sencillas formas de la enseñanza catequística, son grabados por la Iglesia en el corazón de los pueblos. ¡Insensatos! aun cuando esta enseñanza no nutriera á los mas elevados talentos con el pasto de profunda filosofía, aun cuando no fuera mas que una ilusion vaciada en una cabeza ilusa, debierais respetarla si quiera fuese por el grato y delicioso perfume que esparce sobre la vida del desventurado mortal. En esta doctrina es en donde halla su natural contrapeso nuestra constante tendencia á los goces materiales; aquí es donde nuestra alma se llena y penetra del profundo sentimiento del deber; aquí es donde el pueblo trabajador adquiere ilustracion sólida y verdadera, por que encuentra algo que le habla al corazón y despierta y eleva el espíritu. Dios, el alma, la vida futura, Jesucristo y la Iglesia: ved ahí un conjunto de verdades, que dan materia así á las profundas meditaciones del filósofo, como á las sencillas reflexiones de la ruda inteligencia; verdades prácticas que se ha pretendido sustituir con las ideas de *derecho, libertad política y civil, patriotismo* etc.,

las cuales serán todo lo grande, todo lo civilizador que se quiera, pero distan mucho de constituir por sí solas el verdadero nervio de una sociedad. Estas son ideas demasiado abstractas, y que difícilmente descienden de la región de la inteligencia á la del corazón, pues solo en casos muy raros y excepcionales engendran levantados sentimientos. Pero las verdades religiosas, á mas de una parte abstracta y eminentemente filosófica, tienen otra sencilla y elemental, que hiere vivamente el corazón, que penetra todos sus pliegues, que mueve todos sus resortes, que hace vibrar armoniosamente sus fibras mas delicadas, que habla un lenguaje de todos comprendido, porque es el lenguaje del sentimiento, y que con su aliento divino vivifica y embellece cuanto toca. Ah! poned estas verdades en contacto inmediato con el alma sencilla é impresionable del pueblo, ponedlas en contacto con las demás clases; y vereis como la sociedad se rejuvenece en seguida, vereis como el trabajo queda desde luego ennoblecido, elevándose á la alta categoría de *deber*, deber imperioso así para el rico como para el pobre, así para las clases mas elevadas como para el ínfimo pordiosero. Entonces sucederá que el trabajo no tendrá por fin único y exclusivo el allegar riquezas para devorarlas despues en medio de la ociosidad y la molicie; sucederá que conservándose intacto el interés personal, porque la religion no estingue las pasiones humanas sino que las depura y santifica, sucederá, repetimos, que el trabajo será practicado, como se practica la virtud, cuyo ejercicio satisface las aspiraciones de la conciencia y recrea el alma con la risueña perspectiva de una esperanza celestial.

Repetiremos una vez mas que esta teoría puede que sea graduada de misticismo; pero roretamos al que tal afirme á que presente otra mas filosófica y adecuada á las gravísimas necesidades de la época presente, á que imagine otra que sea poderosa á contraestrar la gran corriente socialista de los tiempos modernos.

JUAN MAURA PRO.



JESUCRISTO.

VI.

Al presentar en un largo razonamiento como recopilados los esfuerzos de la incredulidad, empeñada en considerar el imponente desarrollo del cristianismo como un fenómeno que no traspasaba las leyes ordinarias del mundo moral, no nos propusimos combalir uno por uno sus especiosos argumentos. Tan larga tarea no pudiera contenerse en los límites que nos hemos prefijado, ni faltan eminentes escritores que hayan sobresalido en su desempeño. Para desvirtuar por completo la aparente fuerza de tantas objeciones, vamos tan solo á servirnos de un argumento de autoridad, que la filosofía incrédula, por mas incrédula que sea, de ningun modo podrá recusarla. Por nosotros hablará la historia.

No por su bondad absoluta sino por su bondad relativa quiérese que la nueva religion se sobrepusiera á las antiguas, protegida por un agente misterioso que suele llamarse la ley del progreso. Quizás en esta ley, moderna substitucion del hado antiguo, no se encierre mas que una vulgaridad revestida de pomposas frases; pero en vez de discutirla y poner en duda su eficacia respecto al grandioso problema que nos ocupa, démosla por cosa sentada y presupuesta, aceptando por un momento la validez de sus arbitrarias conclusiones. Ahora bien: es claro y evidente que si la religion cristiana triunfó del paganismo únicamente en virtud de la ley del progreso, en virtud de la misma ley triunfara de ella cualquiera otra que apareciese dotada de superiores condiciones. Si la mas trascendental y sublime de las instituciones morales no es mas que una máquina perfeccionada que reemplaza á las antiguas, de seguro le llegará el turno de verse arrinconada en los desvanes á consecuencia de ulteriores descubrimientos. Y esta es la esperanza de la filosofía incrédula: esperanza que se funda en sus racionios, y en que desgraciadamente la confirma la tácita apostasía de tantas inteligencias pervertidas. A sus ojos toda religion es obra puramente humana y por lo mismo naturalmente imperfecta. Hija legítima ó espúrea de la ley del progreso, el mismo progreso la lleva á la pira y hace que otro fénix nazca de sus cenizas. No obstante, confesándose incapaz de crear una que llenara sus deseos y entrañara gérmenes de vida, contentaríase con la cristiana, pero reformada á su manera. El cristianismo con la grandeza de sus principios sociales, con la eficacia de sus tendencias moralizadoras, con la elevacion y

pureza de sus preceptos; pero libre de las oscuridades que le rodean, despojado de sus incomprensibles misterios, circunscrito á la esfera de la razon humana: he aquí el bello ideal de la incrédula filosofía. Pues bien, el cristianismo atacado en su dogma fundamental, arrancado de su órbita divina, casi reducido á la condicion de escuela filosófica, esta utopia que se persigue con tal ahinco, este sueño dorado de tantas imaginaciones calenturientas, esta religion que se cree vislumbrar en las entrañas del porvenir, hace ya mas de quince siglos que apareció sobre la faz de la tierra. Esta religion era el arrianismo.

No son menester grandes conocimientos de historia eclesiástica, ni haber profundizado con todo el rigor de los estudios teológicos la cuestion promovida por el mas famoso de los heresiarcas antiguos, para formarse cabal concepto de las tendencias radicales que entrañaba la nueva doctrina. El ruido de esta empeñada controversia atronó el mundo por largo espacio de tiempo: la violenta sacudida del edificio religioso conmovió fuertemente el edificio social; la potestad secular invadió como siempre ese terreno que le estaba vedado; reyes y pueblos, el oriente y el occidente, bárbaros y civilizados tomaron parte en esa contienda, que costó á la Iglesia lágrimas de mayor amargura que cuantas le hicieron derramar los edictos de proscripcion y el hacha de los verdugos. Tempestad que estalló de improviso apenas habia asomado el iris de la bonanza, ¿quién no conoce sus estragos? No era ya, como en los tiempos del gnosticismo, la quimérica involucraci6n de las ideas filosófico-religiosas del oriente en las esplicaciones dogmáticas de nuestros misterios. Tratábase no ya de una rama podrida que se desgajaba del tronco de la Iglesia, sino de una revolucion inmensa que minaba por los cimientos la base del cristianismo. Negar la consubstancialidad del Hijo de Dios con el Padre, era atacar abiertamente la divinidad de Jesucristo; y combatido este dogma sublime, los demás augustos misterios, la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion del linage humano, todos salian profundamente heridos. Porque fuera de ser la fe mas indivisible de lo que comunmente se supone, arrancada la piedra angular hubiera sido su consecuencia inevitable el completo desmoronamiento del edificio. Puede que los sectarios desconociesen toda la estension de su errónea doctrina, de seguro no se valian de los mismos argumentos que los incrédulos modernos; pero por mas que reservasen todavía para Jesucristo títulos esclusivos y encumbradas calificaciones, por mas

que invocasen la autoridad, y mezclasen la torcida interpretaci6n de los textos sagrados á sus cavilaciones y sutilezas, ello es que su temerario arrojó fué la primera y mas formidable tentativa del racionalismo. Juzgada bajo el punto de vista de la filosofía incrédula, era un progreso; ¿cómo pues no triunfó de la doctrina católica, cuyos pretendidos errores socavaba y destruía?

Y por cierto que al arrianismo no le faltaron medios humanos para conseguir ese triunfo. Cuanto podia apeteer para asegurarlo, se lo proporcionaron los sucesos y las circunstancias de la época en que aparecia. Caidos los ídolos de sus pedestales, deruidas las aras gentílicas, adornada por vez primera con el emblema de la cruz la diadema de los Césares, pudo emprender una lucha á brazo partido con la Iglesia existente, sin riesgo de que enemigos exteriores vinieran á interrumpir su combate. Aquellos eran momentos supremos. En el seno del cristianismo florecian numerosos talentos, y merced á los albores de la paz iban revistiéndose, por decirlo así, de una forma científica sus augustas y tradicionales creencias. El sentimiento religioso hallábase vivamente escitado, y el comun de los fieles no solo reconocia la suma importancia, sino que escuchaba con tanto gusto como atencion las esplicaciones de insondables misterios. No hay que temer asome por ningun lado el indiferentismo para apagar con su aliento glacial los ardores de una elevada controversia. Y hé aquí que un novador audaz, cubriendo su ambicion con una máscara de santidad, armado de sutilezas y subterfugios, maestro en todo género de seducciones, se presenta en la palestra y espone sus peregrinas ideas bajo de un engañoso velo, para que á primera vista no se trasluzca toda la deformidad ni toda la trascendencia de sus errores. Y esta voz que intentaba acomodarse á las exigencias de la razon humana, que despojaba á Jesucristo de su carácter esencialmente divino, esta opinion heterodoxa, esa transaccion racionalista no es instintiva y generalmente rechazada: encuentra un eco formidable en la muchedumbre, y cien y cien ecos entre los pechos de los que debian apresurarse á refutarla. Las nubes se condensan, la tempestad estalla, el torrente desbordado arrastra ya rebaños y pastores.

Al lado del novador se encuentran personajes de tanto saber y valía como Eusebio de Cesarea, el padre de la historia eclesiástica, el escritor profundo, juicioso y sobre todos sus contemporáneos erudito. Prelados unidos con vínculos de parentesco á la familia imperial, de tan alta posicion, de tanta influencia como Eusebio de Nicomedia, le protegen y

le inspiran, hasta el punto de dudarse quién es el seductor ó quién es el seducido. ¿Qué le falta á esa parcialidad atrevida, arrogante y emprendedora, para arrumbar los obstáculos que se le opongan? Todo lo tiene á su favor. Gefes audaces, soldados agueridos, muchedumbre fanatizada: tergiversaciones para disimular, ardides para defenderse, amaños para introducirse: la energía del tigre, la astucia de la zorra, la flexibilidad de la serpiente. ¿Quién ha de resistirle? Athanasio? un simple diácono? Es verdad que en Nicea tropieza con el escollo del anatema, pero la terquedad es el distintivo de la heregía. Derrotada en los vestíbulos del templo, se refugia en las antecámaras imperiales; succédense las intrigas, inflámense las pasiones, la política se apodera de la cuestión candente, y las potestades seculares se atreven á resolverla, no como hijos sumisos de la Iglesia sino como decididos fautores de la rebeldía. Acordábanse los Césares bizantinos de que eran sucesores de los que reunían el imperio y el pontificado; y á trueque de satisfacer su sacrílega manía de ingerirse en las cuestiones eclesiásticas, de dominar en las regiones de la conciencia, tendían una mano protectora á la heregía que les halagaba con su característico servilismo. El ejemplo de Oriente pasó al Occidente, y las razas bárbaras que cubrían la Europa meridional pronto se vieron completamente inficionadas. Nunca pestilencia alguna ha hecho tantos y tan rápidos progresos. El vándalo Genserico, el visigodo Leovigildo, el ostrogodo Teodorico... mas, ¿quién no conoce estas páginas de la historia? ¿Quién no se ha maravillado al ver la creciente inundación de una doctrina tan solemnemente condenada en Nicea? ¿Quién no recuerda la hiperbólica expresión de San Gerónimo, diciendo que el mundo entero se sorprendió un día al verse arriano? Y ahora, ¿dónde está? qué se ha hecho tan formidable secta? ¿Dónde estaba hace diez siglos el arrianismo?

¿Qué elige la filosofía? ¿Conviene en que las religiones no se establecen ni consolidan en virtud de la ley del progreso? Pues entonces, ¿en qué se funda para disputar al cristianismo lo preternatural y maravilloso de su origen? ¿Conviene en que la poderosa invasión del arrianismo no fué un verdadero progreso? Entonces es menester confesar la divinidad de Jesucristo, porque si esta fuera un error, no podia menos de ser un verdadero adelanto lo que tendia á destruirlo. Los sectarios dejaban intactas la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, los dogmas universales que reconoce la filosofía; no trataban de adulterar la pureza de la moral evangé-

lica, no atacaban el espiritualismo de la doctrina católica, no le arrancaban sus principios sociales, sus aspiraciones humanitarias, sus tendencias civilizadoras; solo hincaban la segur en la raiz de los misterios, de estos misterios que tanto estorban á la filosofía. Y si aquella tentativa de reforma no fué un perfeccionamiento del cristianismo apostólico, ¿en qué se apoya la incredulidad moderna para dar tan honroso nombre á las suyas? Ya no le queda sino decir que hace diez siglos nos hallamos en pleno retroceso; y entonces ¿á qué esos oráculos sibilinos, á qué esas aplicaciones intempestivas de la fatídica ley del progreso, hincapié de tantas vaguedades y declamaciones?

Jesucristo es quien ha traído al mundo su verdadero progreso. Él es quien ha quebrantado las cadenas de sus antiguos errores, y desvanecido el humo que obscurecía las mas sublimes verdades: él es quien ha esclarecido la inteligencia y purificado el corazón: él es quien ha mostrado el camino y allanado la senda que conduce á la fruición del bien supremo. Tales tesoros los ha prodigado á condición de ser reconocido por su Dios y Señor. Y el mundo ingrato como que no aspire á mas que á ver llegado el momento de arrojar de sí tan consoladora creencia. Hijo rebelde, se irrita de no verse emancipado de su legítimo y cariñoso padre; quiere sacudir el blando yugo de la fe cual si fuera el de una servidumbre ignominiosa; espera con vivas ansias la hora de la incredulidad cual si fuera la de su redención completa. ¿Y no es esto una ingratitud monstruosa? ¿Es un amor sincero á la verdad el que guía á los incrédulos en sus funestas elucubraciones? ¿Cómo se compadecen con tanta dureza de corazón la sencillez y la rectitud del entendimiento? Si Jesucristo no fuera Dios, si tantas generaciones hubiesen vivido engañadas, ¿no debiera lamentarse amargamente que tan dulce engaño se desvaneciera? ¿No debería costar lágrimas salir de un error que tantos consuelos ofrece? ¿Se pierden por ventura con estoica indiferencia las ilusiones mas queridas, las esperanzas mas lisongeras?

Oh mi Jesus! que por tu profunda humillación y tu obediencia hasta la muerte y muerte de cruz, alcanzaste un nombre que es sobre todo nombre, ante el cual se postran las inteligencias del cielo y se estremecen las potestades del infierno, nunca será que falte en la tierra quien á tus plantas se arrodille y tu escelsa divinidad confiese. La serpiente que sedujo al hombre para que probara el fruto del árbol del paraíso, le ciega ahora para que rechace el fruto del árbol de la cruz, ansiosa de vengar con ese

trunfo su derrota experimentada en el Calvario. Mas su triunfo no será completo ni duradero. Pequeña será tu grey, porque así lo anunciaste: como la del sol recorrerá tu luz los ámbitos de la tierra; tu divinidad será adorada hasta la consumacion de los siglos; y si la impiedad en su frenético delirio cree que se acerca ya su hora, y se atreve á esclamar: *prevalecen, prevalecen las puertas del infierno*, nunca será que decir pueda: *las puertas del infierno han prevalecido*.

T. AGUILÓ.

Á MARÍA INMACULADA.

PLEGARIA.

Virgen, á tí clamamos
 En este valle de dolor profundo
 Los pobres desterrados, hijos de Eva!
 Ya en tus blancas ovejas iracundo
 Su diente el lobo y su perfidia ceba.
 ¡Ay! á tí suspiramos
 Con lágrimas ardientes y gemido,
 O refugio del alma pecadora!
 Vuelve al triste afligido,
 Vuelve tu rostro al fin, Madre y Señora,
 Y no consentas, no, que necio, osado,
 «¿Dónde está vuestro Dios?» grite el malvado.
 ¡Virgen, á tí clamamos,
 Descalzos y postrados, de ceniza
 Cubierta la tendida-cabellera!
 Con su fiero bramido aterroriza
 La recia tempestad que el orbe altera.
 ¡Ay! á tí suspiramos,
 Estrella de la mar, vida, esperanza
 Del naufrago que en olas de amargura
 Un rayo en lontananza
 Busca anheloso de tu lumbre pura!
 Rasga el nublado, y muestra el norte cierto,
 La amada patria y sosegado puerto.
 ¡Virgen, á tí clamamos!
 Ya la revuelta impía el hierro apresta,
 Y horrenda hoguera en rededor hacina
 De la casa de Dios, con voz siniestra
 Prediciendo á tus hijos llanto y ruina.
 ¡Ay! á tí suspiramos!
 Oprime, ó reina, con potente planta
 La cabeza infernal del mónstruo infame:
 Sepulta en su garganta
 Negra la espada, y toda se derrame
 Por la asolada tierra estremecida
 Su venenosa sangre corrompida.
 ¡Virgen, á tí clamamos!
 Héle en el huerto al Justo, rodeado
 De dagas y linternas y sayones,
 Con rocío de sangre salpicado
 El semblante, y marchitas sus facciones.
 ¡Ay! á tí suspiramos,

Virgen de los dolores! Silva y grita
 Ululando con ruido tumultuoso
 La cohorte precita,
 Y cobarde satélite, alevoso,
 Contra aquel suave rostro sobrehumano
 A alzar se atreve la villana mano.
 ¡Virgen, á tí clamamos!
 Rodea á tu ciudad con muro fuerte
 De legiones de airados serafines;
 Vierte la copa, y venga espanto y muerte
 Sobre esa horda de réprobos rüines.
 ¡Ay! á tí suspiramos,
 Virgen de las victorias! Vengadora,
 Con voz vibrante que el espacio llene,
 Solemne, aterradora,
 La ronca trompa de Josué resuene,
 Y de la iniquidad, al son aciago,
 Derrúmbense las torres con estrago.
 ¡Virgen, á tí clamamos,
 Cantando el himno de inmortal victoria!
 Sobre el sepulcro, inamovible silla
 De la Iglesia de Cristo, söl de gloria,
 De tu real estandarte la cruz brilla.
 ¡Ay! á tí suspiramos,
 Virgen inmaculada, que amorosa
 Del santo Pio la oracion oiste,
 Y con mano piadosa
 Al afligido pueblo redimiste.
 ¡Ensalzado y bendito sea tu nombre,
 Gozo del cielo y salvacion del hombre!

JOSÉ COLL Y VEHÍ.

CRÓNICA.

Su santidad continúa gozando de admirable salud, y recibiendo casi diariamente en audiencia á las muchas personas de todas partes que acuden á verle.

El día 21 de noviembre recibió en audiencia privada al ministro plenipotenciario de la república de Chile, quien presentó á su santidad las cartas credenciales con que su gobierno le acreditaba cerca de la santa sede.

También recibió Pio IX al canónigo señor Duplessi, enviado por el señor arzobispo de Paris para anunciar á su santidad la vuelta de dicha diócesis á la liturgia romana.

Por orden del padre santo, la *Propaganda Fidei* está imprimiendo un estenso y completo trabajo sobre las cuestiones de Oriente. Comprende la historia de las negociaciones entre la santa sede y la Puerta, desde 1830 en que el sultán pidió al papa que enviase un nuncio, hasta nuestros días. En esta obra están las negociaciones entre Ali-Pachá y Mons. Franchi, donde se manifiestan las causas é incidentes que han producido el lamentable cisma de los armenios.

El día 24 acudieron al Vaticano los guardias de honor de su santidad, y pasaron allí el día, dando de este modo una prueba de su afecto y adhesion al papa, en tanto que toda la ciudad estaba en conmocion por los desórdenes que esperaban. Pio IX dirigió á los guardias afectuosas palabras, y regaló á cada uno de ellos una hermosa medalla.

El gran duque Nicolás, sobrino del emperador de Rusia, está en Roma hace algunos dias viajando de incógnito bajo el nombre de conde de Wolinsky. Ha ido á presentar sus respetos al padre santo. Vestía de gran uniforme militar, y lo mismo los demás de su acompañamiento. Su actitud cerca de su santidad fué muy respetuosa y cortés. La audiencia

duró cerca de media hora. Antes de retirarse, el duque presentó á su santidad una magnífica fotografía del mismo papa, rogándole se sirva escribir en ella algunas palabras; y tomando Pío IX la pluma, escribió: *Dominus benedicat regna et imperia, et illuminet reges et imperantes*. Su alteza dió despues las gracias al soberano pontífice. Durante la audiencia la conversacion giró sobre el estado actual de cosas en Italia y Roma.

Toda la Alemania protesta contra la órden tiránica que proscribire á los jesuitas: los obispos, las ciudades que los han albergado y recogido sus beneficios, los católicos, algunos protestantes creyentes, los estados de Dusseldorf, levantan su voz en favor de los proscritos, pero esto se les prohíbe oficialmente.

En Munster han recibido una ovacion: 400 nobles de la ciudad han remitido al P. Hergarten un mensaje firmado por 2,610 hombres.

El obispo de Strasburgo, á disposicion del cual los padres habian puesto su capilla, la destinó á las reuniones de la obra de los jóvenes sirvientes, y á este fin reclamó las llaves que se hallaban en manos de la policia; pero el prefecto de Ernsthansen le contestó que no soltaria las llaves entre tanto hubiese un solo jesuita en casa: sabida esta respuesta por el R. P. Modesto, preparó su maleta y abandonó la ciudad.

Al R. P. conde Fugger Glœt, que reclama sus derechos señoriales para residir en cualquier parte de la Alemania que le agradase, se le contestó que reconociendo la supremacia de las leyes del imperio sobre las de los estados particulares, le ponía en el número de sus compañeros, y le ordenaba abandonar el pais ó aceptar el domicilio que se le señalase.

El decreto de expulsion no se circunscribe á los jesuitas. Tambien los hermanos redentoristas, so pretesto de estar emparentados con los jesuitas, se ven privados de enseñar la palabra divina. La regencia de Tréveris habia interrumpido la mision que los redentoristas daban en Wehlen. Todo el clero secular de Tréveris y de las cercanías, al ver tan indigno proceder, firmó una protesta. Para el 18 de noviembre todos los firmantes debieron comparecer ante el tribunal.

Mr. Lutz, el famoso ministro de cultos en Baviera, quiere comprender tambien entre los emparentados á los capuchinos y á los franciscanos en general. Esto es una *razzia* completa jamás allí vista, puesto que se ha vuelto ya á despedir un gran número de religiosas consideradas como instructoras públicas: las señoras del Sagrado Corazon, las ursulinas, las hermanas de Nuestra Señora, de san Carlos, del Niño Jesús y tambien las franciscanas. El gobierno apartando á las religiosas católicas se aplica á propagar sus diacónisas.

Un periódico de Baltimore nos da pormenores del buen éxito que ha obtenido la mision que los padres jesuitas han celebrado en la catedral de aquella ciudad. El número de las personas que han recibido el sacramento de la confirmacion se eleva á 660. Trece mil personas han comulgado, de las cuales 300 adultos han recibido por primera vez la comunión; 60 entre judíos y protestantes han sido recibidos en el gremio de la Iglesia.

El reverendo padre Mantignon jesuita ha inaugurado en Nuestra Señora de Paris las conferencias de adviento, que le ha encargado el señor arzobispo de la capital de Francia. El tema de sus discursos será el reinado de Jesucristo en la sociedad, y principalmente en Francia. El ilustre jesuita no desmerece en sabiduría y elocuencia de los grandes oradores que le han precedido en aquel púlpito.

El baron de Hubner, importante diplomático austriaco, ha recibido de su emperador una mision secreta para Paris y Roma. Se cree que tenga por objeto una alianza con Francia y concertar con la santa sede algo favorable á los intereses religiosos, lo que significaria un gran cambio de política en el imperio de Austria.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA PURISIMA CONCEPCION DE MARÍA.

Patrona de España, patrona de Mallorca y patrona de las Asociaciones de católicos, es la santísima virgen María en su Concepcion Inmaculada; y como asociados, como mallorquines, como españoles, no podíamos menos de inspirarnos en los sentimientos de la Iglesia católica el dia que esta consagra á la conmemoracion de tan elevado misterio. Justo era que tal solemnidad se trasluciese en nuestras acostumbradas reuniones; y por esto el vasto salon apareció mas adornado, la iluminacion fué mas espléndida, la concurrencia mas numerosa. Despues de cantada á solo el *Ave María* de Mercadante con acompañamiento de piano, el presbítero D. Rafael Cabrer improvisó un discurso que versaba naturalmente sobre la festividad del dia, así como estaba anunciado. Fué al principio una plática puramente religiosa que comprendia á la generalidad de los fieles; pero trayendo á la memoria las comparaciones bíblicas que la Iglesia aplica á la escogida entre todas las criaturas, despues de haberla presentado como lirio entre espinas y como fragante rosa en medio de los campos, citó el versículo *quasi platanus juxta aquam in plateis*, y lo expositó de una manera ingeniosa concretándolo á las circunstancias del lugar y del auditorio. Dijo que no solamente debíamos acudir á los templos para honrar y venerar á la reina de los cielos, sino que nunca debiéramos olvidar que ella preside nuestras reuniones, puesto que en aquel sitio nos juntamos para fines que en nada se oponen á la santidad de la vida cristiana. Un rato de inofensiva y agradable conversacion con los amigos y allegados para estrechar los vínculos de la caridad, un rato de honesto recreo para dar tregua á las fatigas del trabajo intelectual ó mecánico, un rato destinado á recibir saludables y variadas instrucciones, bien puede disfrutarse á la sombra maternal de la que es nuestra especialísima patrona.

Acto continuo halagó los oídos de la concurrencia una armoniosa fantasía sobre motivos de *I Lombardi*, arreglada para flauta, guitarra, armonium y violoncello por el inteligente profesor D. José Pujol, quien ejecutando la parte principal dió nuevas muestras de ser una notabilidad como flautista. Otras piezas arregladas por el mismo y con los mismos instrumentos obligaron á repetir los aplausos. Recibieronlos tambien cinco muchachos que figurando una escena dramática recitaron una porcion de composiciones poéticas dedicadas á la Santísima Virgen.

Hoy á las diez de la mañana en la iglesia de S. Nicolás se celebrará la fiesta dedicada anualmente por la Asociacion á la Virgen Inmaculada su patrona.

En la conferencia de la noche pronunciará el discurso D. Tomás Aguiló esplanando *que es el Catolicismo*, y se repetirá á petición de muchos socios el certámen poético de la funcion anterior.